

EL MINISTERIO APOSTÓLICO y LA UNIDAD DE LA IGLESIA

Jorge Himítian

INTRODUCCIÓN

La unidad de la iglesia es un tema muy mentado en las últimas décadas en casi todos los círculos cristianos. Y gracias a Dios por ello. Esta es una de las grandes asignaturas pendientes que tenemos, especialmente en el sector protestante de la iglesia.

Algunos, al hablar de unidad, la aplican únicamente a su propia congregación o denominación. Aunque es un buen punto de partida, no es correcto limitarla a una esfera tan pequeña. Otros ensanchan un poco más el círculo y procuran la unidad de todos los que son semejantes a ellos. Por ejemplo, la unidad de todos los carismáticos, la del pueblo pentecostal, o la de los evangélicos en general.

La mayoría aboga por una unidad fraternal. Que las denominaciones sigan intactas, manteniendo cada una su propia identidad, pero que nos tratemos con amor, respeto y ética, y que tengamos actividades conjuntas con cierta frecuencia. Esto, aunque significaría un gran avance – y ¡gloria a Dios! pues es lo que en muchos lugares está sucediendo - sin embargo, debemos verlo como una meta intermedia.

Están también quienes dicen: “Ya somos uno en Cristo; la unidad es espiritual”. En parte es cierto. Pero también es cierto que en la práctica los cristianos estamos divididos. Como aquel matrimonio que, aunque para Dios siguen siendo una sola carne, ellos están separados.

¿Cuál es hoy la responsabilidad del ministerio apostólico y profético sobre este asunto? y ¿cuál es el aporte que estos ministerios pueden y deben hacer para seguir avanzando hacia la unidad de la iglesia del Señor en su plenitud, tal como Jesús le pidió al Padre en Juan 17?

I - LA REVELACIÓN DEL MISTERIO DE SU VOLUNTAD

*“...Según las riquezas de su gracia, que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia, **dándonos a conocer el misterio de su voluntad**, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, **de reunir todas las cosas en Cristo**, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos como las que están en la tierra.”* (Ef.1.7-10)

La palabra clave que en este texto revela el misterio de su voluntad, es “reunir”. Este verbo en griego es: **anakefalaiostai**. **Ana** = de nuevo / **kefalai** = cabeza. Significa: unir nuevamente bajo una cabeza. El significado del texto es que Dios nos dio a conocer el misterio de su voluntad el cual consiste en **UNIR NUEVAMENTE TODO BAJO UNA SOLA CABEZA: CRISTO**.

Esta expresión se usaba antiguamente cuando un ejército, derrotado, diezmado y esparcido, bajo el mando de un nuevo comandante general, se re-unía, reagrupaba y reorganizaba. Esta declaración presupone que anteriormente todo estaba armoniosamente unido y que luego esa unidad fue quebrada, que todo fue roto y dividido. Dios, en su presciencia, sabía que esto iba a ocurrir con la humanidad, y de antemano se propuso en sí mismo unir todo nuevamente bajo Cristo como cabeza.

El cosmos fue creado por Dios. Cosmos significa orden, armonía. Dios creó todo en unidad, orden y perfecta armonía. La raíz de la palabra “Universo” es UNO. El universo era uno bajo el comando de Cristo como cabeza.

¿Cuál era el plan original de Dios? La unidad de todo y de todos. Un mundo unido, hermoso, armonioso. El hombre en comunión con Dios; unido en amor a su Creador. El hombre uno con su mujer, con sus hijos, con su prójimo. Una sociedad unida, solidaria, sin egoísmos, ni rivalidades; una humanidad que viviera en paz y en amor; donde cada uno, imbuido del amor de Dios, amara a su prójimo como a sí mismo. Y también el hombre en armonía y unidad con toda la creación.

Pero infelizmente el hombre se rebeló contra Dios, aceptando la propuesta del enemigo de Dios, pecó. Así entró en el mundo el pecado, y por el pecado la muerte. Muerte significa separación, división. El hombre se convirtió en enemigo de Dios y de su prójimo. Surgieron los celos, las envidias, las peleas, los homicidios, los fratricidios, las guerras, las injusticias, los divorcios, la avaricia, la injusta distribución de las riquezas, los conflictos sociales, la discriminación racial, etc. La historia de la humanidad es una historia de guerras, sangre, odios, violencias, crímenes y muerte. ¡Tan lejos del modelo de sociedad proyectada por Dios! La misma naturaleza fue afectada por el pecado del hombre, el virrey de la creación.

El modelo de sociedad proyectada por Dios se puede resumir en una sola palabra: IGLESIA.

II - ¿QUÉ ES LA IGLESIA?

Aunque sean afirmaciones obvias, juzgo pertinente aclarar primero que la iglesia no es un edificio material donde nos reunimos para dar culto a Dios (1). Tampoco es una institución humana de carácter jurídico-legal (2).

(1) Aunque todo el mundo, incluso los creyentes, llamamos iglesia a un edificio material donde nos reunimos, esto es un error. Ningún edificio físico es una iglesia. Nosotros no vamos a la iglesia; nosotros somos la iglesia. Este error tan generalizado, y que podría hasta parecer inofensivo e intrascendente, tiene sin embargo consecuencias serias pues distorsiona la visión de la iglesia según Dios, tanto en su unidad, como en el compromiso de vivir una vida consagrada a Dios en su totalidad, sin la falsa dicotomía entre lo sagrado y lo secular.

(2) Aún cuando la iglesia tenga un instrumento jurídico, o varios, para ciertos asuntos temporales, como ser: Asociación Civil, Fundación, Sociedad sin fines de lucro, etc., con Personería Jurídica o Religiosa, sin embargo, el gran error es confundir la identidad de la iglesia con estas instituciones temporales, y regirse por estatutos o reglamentos humanos.

La iglesia es aquella parte de la sociedad que ahora está en Cristo. Somos los hijos de Adán que aceptamos a Cristo como nuestro Señor y, en virtud del sacrificio redentor del Hijo de Dios, nos hemos reconciliado con Dios y con nuestro prójimo.

En un mundo dividido, enemistado, donde reina el individualismo, el egoísmo, la injusticia, la competencia y las guerras, la iglesia es aquella parte de la humanidad que, en Cristo, nuevamente es una con Dios y con sus hermanos. La iglesia, en su naturaleza esencial, es sinónimo de perdón, de paz, de reconciliación, de amor, de servicio. La iglesia es comunidad, familia, unidad; es ósculo santo, abrazo fraterno, pan compartido, comunión de bienes, afecto entrañable; es el fin de la soledad, del individualismo, de las divisiones y de las guerras. La iglesia es el “Shalom” de Dios instalado entre los hombres para manifestar al mundo el más grande de todos los milagros.

La iglesia es la propuesta visible de Dios a todos los problemas de la humanidad. La sal y la luz, el modelo de lo que Dios le propone a todas las naciones. “...*Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de **la iglesia** a los principados y potestades en los lugares celestiales, conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor*” (Ef.3.10-11).

III - LA UNIDAD DE LA IGLESIA

La misma Trinidad es el modelo de esta unidad. Jesús oró muy específicamente por su iglesia: “*Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros.*” (Jn 17.11) “...*Que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tu me enviaste*” (v.21).

Jesús le pidió al Padre la unidad visible de todos sus discípulos, no en el cielo sino aquí en la tierra, y según el sublime modelo de la Trinidad. Pidió unidad y santidad.

La iglesia es la realización del sueño de Dios en la tierra, el proyecto eterno de Dios para la humanidad. Ese sueño fue consumado potencialmente en la cruz. “*Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconcilió con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades.*” (Ef.2.14-16).

En Jerusalén

El sueño de Dios se hizo visible en la tierra a partir del Pentecostés, cuando el Espíritu Santo descendió y llenó a los ciento veinte, y luego a los tres mil, con el poder de la muerte y la resurrección del Hijo de Dios. Lucas lo describe con tanta gracia:

“Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno. Y

perseveraban cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos.” (Hch.2.44-47)

“Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común.” (Hech. 4.32)

Este proyecto social de Dios para la humanidad, es realizable únicamente con aquellos que están en Cristo, quienes habiendo huido del estilo de vida y de la corrupción que hay en el mundo, a causa de la concupiscencia, han sido hechos participantes de la naturaleza divina. Y es así como, finalmente, surge en el mundo la primera comunidad que vive en la tierra según la voluntad de Dios. El egoísmo ha sido superado por el amor de Dios que ahora habita en el corazón de los discípulos por el Espíritu Santo.

En Jerusalén, crecía grandemente el número de los discípulos, pero *“la multitud de los habían creído era de un corazón y un alma”*. La iglesia seguía manteniendo su unidad. Los apóstoles conformaban un solo ministerio. No había entre ellos las disputas carnales pre-Pentecostés, pues habían aprendido a andar en el Espíritu.

La iglesia era una comunidad dinámica y versátil, se reunía en el templo y en las casas, sin embargo siempre mantenía su identidad y su unidad. El texto bíblico nunca dice “las iglesias”(en plural) que estaban en Jerusalén, siempre la expresión “iglesia”, al referirse a la totalidad de los creyentes de una ciudad determinada, está en singular. *“El Señor añadía ... a la iglesia...”* (Hech.2.47). *“Hubo una gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén”* (Hch.8.1). *“Y Saulo asolaba a la iglesia...”* (Hch.8.3).

En tiempos de persecución, toda la iglesia de una ciudad no tenía la posibilidad de reunirse en un solo lugar, sin embargo, esto no alteraba la realidad de su unidad, seguían siendo una sola iglesia, funcionaban como un solo cuerpo, con un solo pastorado, a pesar de poder reunirse únicamente por las casas.

En Antioquía

El evangelio se extendió a otras regiones y ciudades, y consecuentemente, la iglesia. Es en Antioquía donde surge por primera vez una numerosa iglesia “mixta” formada por gentiles y judíos convertidos a Cristo. Y aunque todavía no había tenido lugar el Primer Concilio Cristiano en Jerusalén, ni estaba escrita la epístola a los Efesios, la vida de Dios en cada discípulo, sea gentil o judío, era tan fuerte, el abrazo y el amor entre hermanos de diferentes razas y trasfondos eran tan auténticos que, sin haber estudiado teología ni eclesiología, estaban experimentando la gloriosa realidad de SER IGLESIA en su expresión más pura: Hombres y mujeres, judíos y griegos, ricos y pobres, esclavos y amos, ahora en Cristo eran uno; eran *“ la iglesia que estaba en Antioquia”* (Hch. 13.1). Un ministerio plural y multicultural la pastoreaba. Había diversidad de dones: profetas y maestros, pero no diversidad de iglesias. A ninguno se le ocurría sugerir siquiera la formación de dos iglesias diferentes en la ciudad: la “Iglesia Cristiana Gentil” y la “Iglesia Cristiana Judía”. La denominación ICG y la ICJ. La división ancestral entre judíos y gentiles habían

desaparecido. Los gentiles, resentidos por tanto desprecio de parte de los judíos, ahora los amaban. Eran hermanos. Cuando oyeron que vendría hambre a la tierra inmediatamente enviaron ayuda a los hermanos que habitaban en Judea. (Hch. 11.27-30).

La preocupación principal de los apóstoles del primer siglo era la unidad y la santidad de la iglesia. La resolución a la que se llegó en el Concilio de Jerusalén era justamente para evitar la división de la iglesia en torno al tema de la circuncisión. Para los apóstoles la unidad de la iglesia era un valor innegociable.

IV - DISENSIONES EN CORINTO

Cuando Pablo se entera que en la ciudad de Corinto había contiendas entre los hermanos, y cuatro bandos en la iglesia, urgentemente les escribe una carta. La carta está dirigida explícitamente *“A la iglesia de Dios que está en Corinto”*. (1 Cor.1.2). Notemos otra vez el singular de la palabra “iglesia”. Pablo no admite bajo ningún punto de vista la posibilidad de la división de la iglesia que está en una misma ciudad. Funcionalmente, puede y debe haber una iglesia en Corinto y otra en Tesalónica, pues son dos ciudades diferentes, pero no dos o más iglesias en una misma ciudad.

El primer argumento de Pablo es contundente y absoluto: *“¿Acaso está dividido Cristo? (1.13). Pablo era un apóstol, tenía revelación del misterio de Cristo y de la iglesia. Él sabía que la iglesia y Cristo eran el anverso y el reverso de una misma moneda. Él sabía por experiencia que perseguir a la iglesia era perseguir a Cristo. Si Cristo es uno y no puede ser dividido, la iglesia tampoco. “Porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia.” (Ef.5.30-32)*

La división de la iglesia es una caricatura grotesca de la nueva creación, atenta contra la misma esencia y naturaleza de la iglesia. Es una incoherencia.

Si las divisiones, los celos, las contiendas, las ambiciones, las envidias y las competencias que hay en el mundo, subsisten en la iglesia, se ha alcanzado la máxima contradicción, la iglesia ha perdido su naturaleza esencial. Se ha vuelto carnal y anda igual que el mundo. (1 Cor. 3.3-4).

Pablo, con autoridad apostólica, corrige esta división que estaba comenzando en Corinto. No permite bajo ningún punto de vista que haya una iglesia de Pablo, otra de Pedro, otra de Apolos, y otra de Cristo. La iglesia no es de Pablo ni de Pedro, aunque ellos hayan sido los instrumentos que Dios usó. La iglesia es de Dios y de ningún otro. Pablo y Apolos son servidores y no señores. El fundamento de la iglesia no es ningún apóstol o líder, es Jesucristo, y nadie puede poner otro fundamento.(1 Cor. 3.5-11).

Lewis B. Smedes, en su libro *“All Things Made New”* (W.B.Erdmans Publishing Co.-1970, y publicado en español *“Todas las Cosas Nuevas”*, por Editorial Aurora –1972)

Dice: “ Hay un solo Señor Jesucristo. ¿Tiene él un solo cuerpo para hacer su obra en la tierra? ¿O realmente hemos creado muchos cuerpos de Jesucristo? Cuando Pablo preguntaba horrorizado y sin poder creerlo, ¿está dividido Cristo?, estaba reaccionando ante un hecho consumado. Por otra parte, esa era su manera de argumentar que, dada la identidad de la iglesia, su división era impensable, contradictoria, inconcebible.”

“...Es imposible concebir un cuerpo dividido, es contradictorio, impensable. Y sin embargo es real. Pablo no dice: esto no puede suceder aquí. Está diciendo: esta horrible situación es antinatural.”

“...Si en una comunidad –en Corinto o en cualquier otra parte- hay varios cuerpos, con varias mesas separadas o aún en conflicto unas con otras, hemos alcanzado en nuestro pecado, la horrible imposibilidad: Cristo está dividido. Y aquí es donde debe desarrollarse en oración el más urgente y difícil proceso de curación.”

“...La situación actual del cuerpo de Cristo debe ser deplorada y declarada intolerable. Es menos tolerable a nivel local, donde comunidades competidoras, exclusivas, amargadas y caprichosamente separadas pretenden todas ser el cuerpo de Cristo.” (pp.212-214)

V - APÓSTOLES Y PROFETAS: CANALES DE REVELACIÓN

*“Por esta causa yo Pablo, prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles; si es que habéis oído de la administración de la gracia de Dios que me fue dada para con vosotros; que por revelación me fue declarado el misterio, como antes lo he escrito brevemente, leyendo lo cual podéis entender cuál sea mi conocimiento en **el misterio de Cristo**, misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como **ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu**” (Ef. 3.1-5).*

El apóstol Pablo declara que el misterio escondido desde los siglos en Dios, fue revelado a los apóstoles y profetas de su generación por el Espíritu Santo; y a través de ellos fue manifestado a los santos (Col.1.26). A ese misterio (secreto) llama “el misterio de Cristo” (Ef.3.4); “el misterio de su voluntad” (1.9); el misterio de Cristo y de su iglesia (5.32).

La epístola a los Efesios es, sin lugar a dudas, la que tiene el más alto nivel de revelación sobre la iglesia. En ella Pablo transmite la visión de aquella iglesia que Dios concibió en su mente y corazón antes de la creación del mundo. La iglesia que Dios se propuso en sí mismo, según el puro afecto de su voluntad.

¿Cuál fue la circunstancia que motivó a Pablo escribir esta epístola desde su prisión en Roma? En su tercer viaje apostólico Pablo invirtió tres años de ministerio en la ciudad de Éfeso. La ciudad había sido sacudida por un gran avivamiento (Hch.19). Todo indica que una buena cantidad de judíos había creído en el Mesías y un número mayor aún de gentiles. La comunidad cristiana en aquella ciudad, al igual que el de muchas otras ciudades, la conformaban judíos y gentiles convertidos a Jesucristo. El frecuente uso del “nosotros” y “vosotros” revela que Pablo se dirigía en forma explícita a esos dos grupos definidos. Pablo no niega ni disimula esa realidad que, por cierto, generaba tensiones y dificultades en la hermandad, y se avizoraba una amenaza de división. Por un lado, las imposiciones de los judaizantes; por el otro, los gentiles convertidos sintiéndose quizás miembros de segunda categoría. Las viejas raíces de la rivalidad entre judíos y gentiles podían rebrotar.

En los tres primeros capítulos de la epístola y en la mitad del cuarto, Pablo, con la autoridad apostólica que confiere la revelación recibida de Dios, rechaza definitivamente cualquier propuesta de división, como ser, la formación de dos iglesias en la ciudad de Éfeso, una judía y otra gentil. Todo aquel que tiene revelación sobre la iglesia sabe que esto es diametralmente opuesto a la obra de la cruz. Sería como volver a construir la pared que Cristo destruyó en la cruz. Con cuánta claridad y autoridad celestial Pablo proclama y establece la unidad de la iglesia, no solo para los efesios sino para todas las generaciones.

*“Porque él es nuestra paz, que **de ambos pueblos hizo uno**, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos **un solo y nuevo hombre, haciendo la paz**, y mediante la cruz reconciliar con Dios a **ambos en un solo cuerpo**, matando en ella las enemistades. Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca; porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre. Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino **conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios**, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien **todo el edificio, bien coordinado**, va creciendo para ser **un templo** santo en el Señor; en quien vosotros también sois **juntamente edificados** para morada de Dios en el Espíritu.” (Ef.2.14-22)*

*“...podéis entender cuál sea mi conocimiento en el misterio de Cristo, misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu: que los gentiles son **coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes** de la promesa en Cristo Jesús por **medio del evangelio**”, (3.4-6).*

Según la revelación dada a los apóstoles y profetas, la iglesia es un solo pueblo, un solo y nuevo hombre, un solo cuerpo, una sola familia, una sola nación, un solo edificio bien coordinado que crece para ser un solo templo, la morada de Dios. No hay en ella categorías ni divisiones. Todo hijo de Dios, no importa de que raza o nación provenga, pertenece a la misma familia de Dios, es miembro del mismo cuerpo. Esta es la iglesia que el Padre proyectó desde la eternidad. Es la iglesia que Cristo logró con su muerte y resurrección. Y esta iglesia única es la que los apóstoles colaboraron con Dios a edificar.

En el NuevoTestamento, la figura dominante referente a la iglesia es el cuerpo. Muchos miembros, pero un solo cuerpo. Diversidad de dones, diversidad de ministerios, nunca diversidad de iglesias.

Como ya lo hemos dicho, para los apóstoles esta unidad debía tener su expresión práctica y visible en la iglesia de cada ciudad. Pablo no permitió que en Corinto prevalecieran las divisiones. Tampoco en Efeso ni en ninguna otra ciudad. Los cristianos se reunían principalmente por las casas. En una misma ciudad podían congregarse en varias o en muchísimas casas, según fuese su crecimiento numérico, pero todas ellas como parte de la única iglesia de Cristo en la ciudad. Al final del primer siglo, después de unos 40 años de

haberse establecido la iglesia en Asia, Jesucristo se dirige a **la iglesia en Éfeso**, y a la iglesia de cada una de las otras seis ciudades de aquella región (Apocalipsis cap.2 y 3).

Fue tan claro y firme el fundamento establecido por los apóstoles sobre la unidad de la iglesia que, a pesar de las luchas, herejías y las grandes dificultades que vinieron en los siglos posteriores, la iglesia siempre luchó para mantener su unidad. Históricamente siempre se reconoció que la iglesia es UNA, SANTA, UNIVERSAL Y APOSTÓLICA.

VI - LAS DIVISIONES HISTÓRICAS

La primera división oficial de la iglesia fue recién en el año 1054, a la que los occidentales llamaron “el cisma de Oriente”. Pero esa división no afectó tanto al pueblo. Fue más bien una división a nivel de la cúpula internacional. En cada ciudad y nación la iglesia siguió manteniendo su unidad.

La división actual de la iglesia ha comenzado prácticamente a partir del siglo XVI. Y el cuadro presente de miles de denominaciones en el mundo es algo aún mucho más reciente. Lutero creía en la unidad de la iglesia. Él quiso ser un reformador dentro de la iglesia de occidente, pero no tuvo opción, fue excomulgado. Conocemos bien la historia de allí en adelante. Divisiones y más divisiones se sucedieron. Algunas por divergencias doctrinales, otras por causas menos nobles. Muchas veces la iglesia tradicional no supo ser permeable a los cambios legítimos que venían con los avivamientos. Otras, porque los renovadores iban más allá de la ortodoxia.

La realidad práctica de hoy es que la iglesia, especialmente en el sector protestante, está dividida. La división actual de la iglesia no tiene ningún fundamento bíblico ni teológico, solo la podemos explicar históricamente y observar con dolor como sucedió lo que nunca debía haber sucedido.

VII - LOS MOVIMIENTOS EN EL SIGLO XX

El movimiento pentecostal

A comienzos del siglo XX nace el movimiento pentecostal. Dios soberanamente derrama su Espíritu en reuniones libres de oración, sin liturgias preestablecidas. Efusiones del Espíritu, carismas, poder, sanidades, conversiones, profecías, milagros, comienzan a ser cada vez más frecuentes. El “experimentar” a Dios imparte al creyente el fervor (“fuego”) necesario para su expansión local y mundial. En poco tiempo llega a ser el movimiento religioso de mayor crecimiento en el mundo. Sin embargo junto con esta expansión crecen y se multiplican también las divisiones, y en gran manera. A mediados del siglo XX, se observa, a nivel macro, otra gran división; los pentecostales y los no-pentecostales. (gracias a Dios, hoy prácticamente superada o en vías de superación). El movimiento pentecostal en general nunca se replanteó la cuestión de la división de la iglesia; heredó las divisiones históricas existentes y, carente de reflexión teológica al respecto, por su propia dinámica y espontaneidad la multiplicó las divisiones.

Movimientos más recientes

En los últimos 40 años, el mover soberano del Espíritu de Dios ha llegado a todas partes del mundo, saltando barreras denominacionales, aún las mayores como la división entre católicos y protestantes. Los que estamos aquí reunidos podemos dar testimonio de que hemos sido alcanzados por ese mover de Dios. Algunos lo han definido como “movimiento carismático”, “neo-pentecostalismo”, “movimiento de renovación y restauración de la iglesia”, etc. No estamos preocupados por encontrar el nombre más apropiado, sino en interpretar fielmente la intención y la dirección del mover de Dios en este momento trascendente de la historia, a fin de ser sus colaboradores.

En los años 60 y 70, una palabra clave en muchos de estos círculos carismáticos o neo-pentecostales fue “restauración”. La visión y la fe recibida eran que, en el presente mover del Espíritu, Dios irá restaurando en su iglesia la espiritualidad, los principios y las verdades que ella había perdido a lo largo de su historia. Somos conscientes de que la recuperación de las verdades bíblicas comenzó en la Reforma, pero que la misma debe continuar hasta ser completada. Algunas de las principales verdades y prácticas que fueron reveladas a sus siervos en muchas partes del mundo en este tiempo son: La adoración, el evangelio del reino, la unidad de la iglesia, el discipulado, el propósito eterno de Dios, la vigencia de todos los dones y ministerios (incluyendo el don apostólico), la misión integral de la iglesia en el mundo, etc.

En muchos se ha ido desarrollando la convicción de que Dios se ha propuesto visitar a toda su iglesia en el mundo, y quiere volverla completamente al fundamento establecido por los apóstoles y profetas del primer siglo. En mayor o menor medida, hoy son muchos los que están experimentando una renovación espiritual y, gradualmente, están regresando a los principios bíblicos. Esto es un hecho altamente positivo y un gran desafío de fe. También somos conscientes que todo cambio y transición crea tensiones y presenta nuevos peligros.

VIII – EL GRAN MOMENTO HISTÓRICO (EL KAIRÓS DE DIOS)

En nuestra generación se ha producido un importante punto de inflexión. Las muchas divisiones que se originaron a partir de la Reforma, como líneas divergentes, han comenzado a quebrarse para transformarse en líneas convergentes. Hoy existe un acercamiento muy valioso entre los distintos sectores de la iglesia. Las actitudes agresivas y belicosas del pasado están siendo dejadas de lado. Hay diálogo, apertura, reflexión, comunión, cambios, reconciliaciones... También existen riesgos; y algunos serios. Como ser: La unidad sin santidad, sin verdad, sin la pureza de la fe. Lo cual es un ecumenismo humano en que no importa lo que uno crea o como uno viva. Obviamente esa no es la unidad que Dios quiere.

El avance que ha habido hacia la unidad es muy valioso, pero pequeño aún. Importante, si es el inicio de un proceso que continúa; en caso contrario, insignificante.

Nuestra gran pregunta en el tema propuesto es la siguiente: Ante el cuadro actual de la iglesia, con sus complejas e innegables divisiones, ¿Qué debemos hacer? ¿Qué quiere el Señor que hagamos?

Y específicamente, como lo planteamos en la introducción ¿Cuál es hoy la responsabilidad del ministerio apostólico y profético sobre este asunto?

Yo veo, a grandes rasgos, tres opciones o caminos a seguir:

1) MANTENER EL “STATU QUO” ACTUAL DE LA DIVISIÓN

Somos expertos en argumentaciones. Podemos **justificar la división actual** de la iglesia con argumentos racionales, ilustraciones, y hasta “usando” versículos y ejemplos bíblicos: Que la unidad será en el cielo, que la unidad es espiritual e invisible, que las denominaciones son como las doce tribus de Israel, que la iglesia es como un gran árbol con muchas ramas, etc.

También muchos han creado una “teología de resignación”. Yo le llamo “la teología de la zorra” que al no poder alcanzar las uvas dijo: “Las dejo porque están verdes”. Así están muchos; saben que la unidad es la voluntad de Dios, pero no tienen fe en que pueda ser alcanzada aquí en la tierra.

2) HACER UNA REVOLUCIÓN.

Podemos tomar las verdades bíblicas y atacar a las denominaciones, queriendo hacer nosotros la unidad. Este camino ya está probado, lo único que se consigue es producir mayores divisiones.

3) UNA EVOLUCIÓN HOMOGÉNEA.

Esto en términos bíblicos es CRECER. El crecimiento de un niño es una evolución homogénea, los cambios no son traumáticos son naturales, normales, graduales. Del mismo modo la unidad de la iglesia será un proceso gradual que Dios mismo obrará en su pueblo. En Efesios 4.13-16, Pablo habla de este proceso:

*“... hasta que todos lleguemos a **la unidad de la fe** y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien **todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí** por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor”.*

Pablo menciona en Efesios 4, **tres niveles progresivos de unidad:**

- La unidad del Espíritu. “*Solicitos en guardar la unidad del Espíritu...*” (v.2-3). Para vivir en este primer nivel de unidad necesitamos humildad, mansedumbre, paciencia y amor, en el vínculo de la paz (v.2-3)
- La unidad de la fe. “*Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe...*” (v.13). Esta expresión indica dos cosas: que es un proceso, y que todos un día vamos a creer lo mismo. Estamos en ese proceso.

- La unidad del cuerpo. “*todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas...*” (v.16). Dios está obrando y uniendo a su iglesia. Llegará el día en que todos los hijos de Dios conformaremos un solo cuerpo bien unido entre sí bajo la única cabeza que es Cristo.

Nuestra responsabilidad es **creer** que Dios **lo quiere** hacer; y que **lo puede** hacer. Pero la fe es aún más que eso, es “*la certeza de lo que se espera, la demostración de lo que no se ve*”. Fe es decir: **¡Dios lo hará!** Y con esa fe, orar para que lo haga; con esa fe, ir al encuentro del hermano, amarlo, reconciliarme con él, aprender de él, aprender con él, y, en comunión con todos los santos, crecer juntos hasta que todos lleguemos a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.

IX – LA RESPONSABILIDAD DEL MINISTERIO APOSTÓLICO HOY

En el N. T. se pueden distinguir **tres clases de apóstoles**:

1. LOS DOCE APÓSTOLES. Ellos tenían un carácter único por ser los testigos de la vida, muerte, resurrección y ascensión de nuestro Señor Jesucristo. Además fueron los receptores directos de las enseñanzas de Jesús. Al faltar Judas, el que lo sustituyó tenía que reunir esas condiciones. (Hch.1.15-26)
2. OTROS APÓSTOLES DEL PRIMER SIGLO. El Señor constituyó otros apóstoles, como Pablo y Bernabé, quienes, junto con los doce, fueron los receptores de la revelación del misterio de Cristo y de su iglesia (Ef.3.1-7). Ellos tuvieron la función pionera, única e irrepetible de establecer el fundamento doctrinal y kerigmática de la iglesia para todos los siglos (Ef.2.20). Ese fundamento es completo e inmutable, no admite agregados ni modificaciones posteriores (Gál.1.8-9).
3. EL MINISTERIO APOSTÓLICO DE CARÁCTER PERMANENTE. Según Ef.4.11-16, Cristo seguirá constituyendo en su iglesia apóstoles, profetas, evangelistas y pastores/maestros hasta que se complete la edificación del cuerpo de Cristo. La función de estos apóstoles es evangelizar (con milagros y señales), fundar iglesias, establecer ancianos, supervisar las iglesias, ser la principal autoridad ministerial en las iglesias que están bajo su responsabilidad, y recibir y comunicar la revelación sobre el misterio de Cristo y de su iglesia. En cuanto a ‘recibir revelación’, no me refiero a revelaciones diferentes a lo recibido por los apóstoles o profetas del primer siglo (si fuera así las rechazaríamos declarando anatema al que las enseñe), sino a la iluminación del Espíritu Santo dando una clara y fiel comprensión de las antiguas verdades reveladas a los apóstoles y profetas del primer siglo, registradas en las Sagradas Escrituras. Verdades muchas veces ignoradas u oscurecidas a lo largo de los siglos bajo la sombra de tantas tradiciones y errores. Gracias a Dios por los hombres que Él está levantando hoy en su iglesia en todo el mundo dándoles revelación sobre la antigua verdad de su palabra.

El carácter distintivo del ministerio apostólico y la responsabilidad que eso implica

Pablo era un apóstol de Jesucristo, había sido uno de los hombres más usado por Dios para extender el evangelio y fundar iglesias en muchas ciudades y naciones del Imperio

Romano, tenía dones y virtudes ministeriales excepcionales; sin embargo, jamás se le ocurrió la posibilidad de fundar una denominación y llamarla algo así como “Asociación Internacional de Iglesias del Apóstol Pablo”. Y podría haber tenido la mayor denominación de su época. ¿Porqué no lo hizo? La respuesta es muy simple:

- Dios le había revelado el misterio de su voluntad, que es re-unir todo bajo una única cabeza: Cristo; y no Pablo.
- Sabía que el fundamento de la iglesia es Cristo y no algún apóstol. Pablo edificaba sobre ese único fundamento.
- Era consciente que la iglesia era de Dios. Pablo se sabía siervo de la iglesia y no señor.
- Había recibido la revelación del misterio de Cristo y de su iglesia. La iglesia era el cuerpo de Cristo, y ese cuerpo no debía ser jamás dividido.
- Sabía que apropiarse de las iglesias fundadas por él sería una alta traición contra Jesucristo. ¡Cuán significativas son sus palabras a los Corintios! cuando les dice: *“Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo”* (2 Cor.11.2). Así como el siervo de Abraham hizo con Rebeca: fue enviado lejos a buscarla, y en el largo camino de regreso la cuidó y la honró, y al llegar, la presentó como virgen pura a Isaac. Pablo sabía bien que la iglesia no era de él ni para él, sino de Cristo y para Cristo.

El peligro actual de los ministerios apostólicos

Alabamos a Dios por la restauración de los ministerios apostólicos en nuestros días. A la vez, lamentamos algunos abusos, como designaciones masivas de apóstoles, el usar el término “apóstol” como un nuevo “status” de jerarquía ministerial, etc. Pero, al hablar de peligro, quiero referirme a algo más importante y central.

Muchos observadores señalan que la iglesia en general ha entrado en una etapa “post-denominacional”. Por un lado, hoy la identidad denominacional prácticamente está desdibujada. En la actualidad decir que alguien es “bautista”, o “católico” o “anglicano” no es suficiente. Hay “bautistas” que son más “pentecostales” que los mismos “pentecostales”, y hay “católicos” que son más “creyentes” que muchos “evangélicos”. Etc.

Pero el aspecto que más quisiera destacar es el hecho que están surgiendo muchos ministerios fuertes y pujantes, con características apostólicas, que crecen más que las denominaciones a las cuales pertenecen o que pertenecieron alguna vez. La iglesia en muchas naciones, especialmente de América Latina, África y Asia está creciendo a un ritmo extraordinario - y gloria a Dios por ello - pero, muchos de estos ministerios, a veces sin proponérselo, están llegando a ser ministerios independientes y personales. Esto se ve acentuado por la restauración del ministerio apostólico. Un apóstol con su red de iglesias, y que muchas veces termina siendo el líder único, la autoridad absoluta y casi el dueño de la obra.

CONCLUSIÓN

La restauración del ministerio apostólico sin la visión de la unidad de la iglesia encierra este tipo de peligros. ¿Cuál es el futuro del ministerio unipersonal? ¿Cuál es la proyección a mediano y largo plazo de los movimientos de renovación? Necesitamos reflexionar seriamente sobre esta realidad contemporánea, y sobre la unidad de la iglesia a fin de establecer las bases para una eclesiología bíblica.

El primer gran desafío que tenemos por delante es clamar a Dios, pidiéndole que derrame sobre todos nosotros y sobre los ministerios que están surgiendo en tantos lugares del mundo, *“espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él”* (Ef.1.17). Que Dios, por su Espíritu, revele a los apóstoles y profetas de nuestros días el misterio de Cristo y de su iglesia. Es imperiosa la necesidad de verdaderos apóstoles de Cristo.

Nuestro segundo gran desafío es aprender a andar juntos. Esto no es fácil. Tiene su costo. Pero es el único camino para ser salvos del individualismo, del personalismo, de los errores y herejías; para librarnos de la tentación de usar los dones que él nos dio en construir nuestros propios reinitos. Es el único camino para volver a ser iglesia, la iglesia que el Padre soñó, y que el mundo y los ángeles anhelan ver.

Necesitamos crear un espacio internacional de reflexión y de oración; un espacio para la revelación, para oír juntos a Dios y oírnos los unos a los otros. Necesitamos comunicación, saber lo que Dios está haciendo en los diferentes lugares del mundo, lo que está diciendo hoy. Necesitamos un espacio para soñar y para despertar, para volar y aterrizar.

Necesitamos renovar nuestro pacto con Dios; un pacto de fidelidad y de lealtad a la revelación del misterio de Cristo. Un pacto de integridad, de renuncia, de consagración. Un pacto de amor entre nosotros, de respeto, de humildad, de compañerismo y amistad.

*“Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, **haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo**; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.”* (Hb.13.20-21).

“Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén.” (Ef.3.20-21)